

Apegados a la tierra. La lucha por seguir siendo campesinos

Revista 96

La emigración a la ciudad o fuera del país, y la venta de tierras, han afectado, y siguen afectando, a miles de familias campesinas. Doña Daisy Loza y su esposo Julio Hernández, de la Cooperativa Ramón García, a 3 kilómetros de San Ramón, departamento de Matagalpa, explican cómo han hecho los que que no han emigrado para seguir siendo campesinos:

“Cuando llegamos aquí en 1989 no traíamos más que una ropa y algo de comida. Vivíamos debajo de un plástico y teníamos problemas de todo tipo: entre los socios, con el ex-dueño, de salud, productivos, no había luz, agua potable, escuela; ¡Ni tan siquiera un palo dónde cobijarse!

Fueron años muy duros, de mucha incertidumbre y de mucho abandono, pero con la gestión y la organización poco a poco hemos ido superando la situación económica, y la marginación en que vivíamos. Primero logramos la Casa Comunal donde instalamos nuestro centro de nutrición infantil, para acabar con la desnutrición de los niños con concentrados de hojas verdes, soya, huertos en los patios, proyectos de gallinas...Luego gestionamos el proyecto de la luz eléctrica, los pozos para el agua potable, la escuela...Con los problemas productivos nos ayudó mucho el Programa de Campesino a Campesino de la UNAG, porque aquí, como todo era potrero, la tierra estaba muy compactada, y la producción agrícola era muy baja.

Para que la tierra recuperara su fertilidad dejamos de quemar y empezamos a hacer obras de conservación de suelos, a usar frijoles abono, a sembrar cercas vivas...

El otro gran paso que dimos fue la diversificación de la parcela y el patio: además de maíz y frijoles empezamos a sembrar cítricos, papaya, yuca, quequisque, hortalizas de riego en el verano...

Todo esto nos ha permitido garantizar la alimentación de la familia y los ingresos que se necesitan en el hogar, por ejemplo para que estudien los hijos, pero sobre todo seguir sobre la tierra sin tener que emigrar. Antes, cuando sólo sembrábamos frijoles y maíz, a la hora de la cosecha teníamos que vender barato para pagar las deudas, y para abril o mayo ya no teníamos comida.

Hoy, como tenemos otros cultivos de los que echar mano -guineo, yuca, papaya, tomate, chiltoma...-, guardamos los granos para todo el año y si nos queda un sobrante, esperamos a que suba el precio en el verano para vender.

Con la diversificación también hemos tenido otros adelantos: por ejemplo al haber más producción podemos alimentar a las gallinas y a los chanchos en el patio, que aportan un ingreso complementario a la economía familiar.

Con la diversificación, sembrando semillas criollas y no usando insumos químicos, también hemos logrado bajar nuestros costos de producción, obtener alimentos sanos libres de químicos,

y abastecer a otras familias de la comunidad a precios más favorables.

De esta forma hoy todo el año nos sobra qué hacer. Ya no tenemos que vender nuestra mano de obra a ningún patrón ni en una zona franca; ahora más bien generamos empleo para dos o tres personas en el momento de levantar la cosecha, o de hacer los trabajos de las hortalizas.

Si no hubiera sido por todo esto creo que hoy estaríamos en la ciudad, viviendo en una casita de plástico, o yo hubiera tenido que abandonar a mi familia para ir a la ciudad a trabajar de empleada.

Ahora yo me pongo a analizar: cuando yo crecí tenía un futuro incierto; no sabía qué iba a ser de mi vida porque mi mamá sólo tenía un solarcito pequeño y su casita. Hoy la situación de mis hijos es diferente: van a la escuela, han aprendido a querer y a respetar la tierra y la pueden trabajar, han tenido la educación cristiana y el cariño que les damos nosotros en el hogar...Tienen un futuro asegurado, y a pesar de las limitaciones, creo que llevan una vida feliz, lo que es un triunfo para nosotros como padres.

Por eso yo digo que el principal logro que hemos tenido, es seguir en la tierra...”